¡Más político que cultural! o ¿Cómo llegó en Chile una mujer a la Presidencia?

by MARCELA RÍOS TOBAR | FLACSO – Chile | mariostobar@wisc.edu

not said a word about the fact that the academic freedoms of scholars and institutions based in the United States are being denied as well? I think it is a mistake. I hope it is simply an oversight that can be corrected. I have talked about this with Sheryl Lutjens, Co-chair of LASA's Section on Scholarly Relations with Cuba, and she thinks it can be. We can add to the resolution, or come up with a new resolution, but I think that LASA has to take a position on these denials of academic freedom. I think we have a very strong case. It will take a while; these court cases always go on for a year or two. Fortunately we have the money to be a plaintiff. We do not have to put up any money. We have a fund provided by the Reynolds Foundation, and we can move forward. I hope we can be filing the suit shortly.

Another problem is that our lawyer, really an excellent lawyer, one of the most experienced in dealing with Cuban matters, is doing this on more or less a pro-bono basis. As a consequence, he gives it the time that he can, and it has taken him much longer than I would have hoped to draw up the complaint. But it is almost done. And this is something we must address. We must stand up to it more forthrightly than LASA has so far. Again I say LASA, but I think that most of the LASA members would agree 100 percent on this and want to stand up to the government. It somehow has not been smart to not deal with it, but it can be corrected. ■

La elección de Michelle Bachelet como presidenta de Chile, el pasado 15 de enero, ha generado gran interés político y periodístico en el mundo. Es sin duda un hito histórico: se trata de la primera mujer en alcanzar la más alta magistratura de su país. Su modelo no parece calzar con la trayectoria política habitual de otras representantes que ocuparan cargos similares en la región. Esta mujer de izquierda fue elegida en las urnas, a partir de una trayectoria política propia, y sin tener parentesco con algún hombre político notable. Los efectos de esta elección en cuanto a la equidad de género están por verse. Pero sí existe la esperanza de conseguir avances en aquellas áreas que continúan obstaculizando el ejercicio pleno de los derechos femeninos, la misma no se sustenta en el simple hecho de que llegara una mujer a la presidencia. Tiene que ver con el incipiente quiebre de la hegemonía masculina en el ejercicio del poder, en la apelación a las electoras como base política, y en las medidas iniciales que parecen atender, en alguna medida, los problemas que impiden avanzar hacia una senda de mayor equidad.

Gran parte de la sorpresa causada por la elección de Bachelet se refiere a su condición de género y a su particular historia de vida. Esto la hace una rareza en un contexto político y social, señalado como uno de los más conservadores del continente. ¿Cómo pudo una mujer marcadamente de izquierda, separada y agnóstica, ser electa Presidenta de un país aparentemente tan conservador? La mayoría de los análisis de difusión masiva lo han presentado como evidencia de los cambios que vive el país; un paso más en un largo recorrido hacia un mayor progreso, desarrollo e igualdad. Transformaciones que se supone inciden en modificar el rol de las mujeres en la sociedad y en la política, en una creciente

disminución en la centralidad de la Iglesia Católica en la vida del país y en mayor autonomía de los ciudadanos *vis-a-vis* las élites políticas. Si bien esto no es del todo ajeno a la verdad, estos cambios culturales tampoco explican en sí mismos el triunfo en las urnas de la candidata de la *Concertación de Partidos por la Democracia*. Dichas variaciones son necesariamente de largo plazo, ocurren a ritmos discontinuos y en diversas esferas, siendo sus efectos a menudo contradictorios y dispersos.

Un análisis comparado de la situación de las mujeres en la región y de las actitudes de los/las latinoamericanos/as respecto al rol de éstas en la política muestra que Chile se mueve efectivamente en un sentido liberalizador; pero, en ningún caso, ha avanzado a un ritmo o en un grado mayor que países como Argentina o Uruguay. Por ello, es difícil atribuir a estos elementos una incidencia causal respecto de modificaciones repentinas y coyunturales en la correlación de fuerzas electorales, especialmente en un sistema como el chileno con baja volatilidad electoral, con resultados en las urnas altamente consistentes y predecibles.

Nuestro argumento es que el triunfo de Bachelet puede ser entendido de mejor forma como el resultado de un proceso *político* que confluye y se refuerza con transformaciones culturales en curso. La victoria de la *Concertación* para un cuarto mandato consecutivo es, ante todo, un resultado *político*; que su candidata haya sido una mujer es tan *político* como *cultural*. Sin embargo, tanto la contendencia de su victoria como la correlación de fuerzas sociales y políticas que se construye para apoyarla, están íntimamente ligados a cambios culturales. Una mirada más matizada de la coyuntura actual debe reconocer la preeminencia de la

RÍOS TOBAR continued...

política en orientar el curso y sentido de estas reformas, así como el rol de los liderazgos y la *agencia* individual en su conducción. Instalar la política en el centro del debate nos permite matizar, además, la evaluación respecto de los posibles efectos de estos procesos en lo social, económico y cultural. Lo político y la política no tienen una traducción automática en las otras esferas de la vida humana; la historia nos ha enseñado que el sólo hecho de aumentar la presencia de mujeres en ciertas esferas de poder no resulta necesariamente en evoluciones significativas en el orden de género ni en la promoción de una agenda pro derechos femeninos.

Lo político en el triunfo de Bachelet

La centralidad de la política en el triunfo de Bachelet se sustenta en dos tipos de factores: aquellos referidos a la contienda electoral, y aquellos vinculados al rol y sentido de las demandas feministas en la historia reciente del país.

Primero, una derrota de la *Concertación* en la pasada elección era altamente improbable. Dicha coalición, a pesar del desgaste natural producido por quince años de gobierno, había triunfado en todos los comicios presidenciales y parlamentarios desde el retorno a la democracia a finales de los ochenta. Así, mucho antes de que se tuviera certeza del resultado de la contienda interna por un candidato único, los analistas ya vaticinaban un cuarto triunfo consecutivo para el pacto gobernante. Esta posibilidad de triunfo se veía sustentada además por el alto apoyo ciudadano al gobierno del Presidente Lagos, y por la percepción generalizada de éxito de las políticas de dicho gobierno: crecimiento económico sostenido, disminución de los niveles de desempleo y mejoras significativas en infraestructura, entre otros.

El éxito de la *Concertación* se veía fortalecido, también, por la incapacidad de la oposición de unirse detrás de un proyecto común y de despojarse de sus conexiones con el pasado dictatorial.

El segundo factor político se vincula más específicamente a la lucha por más de tres décadas de feministas y políticas destinadas a aumentar la presencia de dirigentas en espacios de poder y acceder con mayor igualdad a la esfera política. Ya a finales de la década de los 80, aquellas que conformaban la entonces denominada *Concertación de Mujeres por la Democracia*, planteaban la necesidad de mayor representación formal contra la oposición sistemática de los partidos. Cuando asume el primer gobierno de la *Concertación* en 1990, sólo una ministra integraba el gabinete, a cargo del recién creado Servicio Nacional de la Mujer. En 2000 esa cifra había aumentado a cinco. De hecho, fue en una reunión con dirigentas de todos los partidos de la coalición gobernante que el entonces candidato electo, Ricardo Lagos, se comprometió a nombrar ese número de consejeras y a aumentar el número de funcionarias en cargos de dirección a nivel central y regional. Así llegó Michelle Bachelet a ocupar la cartera de Salud y, a poco andar, la de Defensa.

Lo cultural en el triunfo

Como muchos analistas han señalado, Michelle Bachelet se convierte en candidata no por los partidos o los grupos de poder que hasta entonces habían dominado la política nacional, sino a pesar de ellos. Al igual que las otras mujeres en el gabinete de Lagos, ella mantiene durante toda su gestión ministerial un alto apoyo ciudadano. Este sustento responde a su liderazgo y a su carisma personal, pero

además se nutre de dos tendencias en la opinión pública que se mantienen relativamente estables hasta ahora: el creciente desapego y distancia civil respecto de los actores políticos tradicionales (especialmente los partidos y sus dirigentes más visibles) y la demanda de recambio en las élites gobernantes y en la forma de hacer política. La *Concertación*, a pesar de sus éxitos electorales y de gobierno, era vista como ajena a los ciudadanos, con un estilo elitista y poco participativo. Esto se vio, además, agravado por una serie de escándalos de corrupción que involucraron a personeros de su administración, y que aumentaron el rechazo a las élites *concertacionistas* tradicionales.

Una candidata con una larga trayectoria política—pero ajena a las trenzas de poder partidarias fuera del círculo más cerrado que había gobernado el país hasta entonces y que se mostraba, además, con un estilo cercano y abierto en su relación con las bases—fue capaz de aprovechar estas tendencias a su favor. Esto confluye con las tradicionales construcciones culturales de género presentes en los debates y en la opinión pública. Los contrastes le atribuyen a ellas características tales como la generosidad, la vocación de servicio y el interés por el bien común, poca ambición de poder o de riqueza, incorruptibilidad, y cercanía con los intereses ciudadanos. De hecho, éstas visiones tradicionales de la cultura política chilena respecto de las relaciones de género que atribuyen roles y características claramente delimitados a los sexos, son las que contribuyen a cimentar parte del apoyo popular a Bachelet, y no las más igualitarias o modernizantes.

La campaña electoral comienza así con la candidata oficialista recibiendo un apoyo ciudadano considerable, capitalizando los triunfos de sus predecesores, pero ofreciendo al electorado algo nuevo: su

identidad de género, una forma distinta de hacer política y un compromiso con la renovación de las élites. Fue justamente esta mezcla entre continuidad y cambio la que cimienta su camino a la Moneda, lo que le permite mantener el voto histórico de la *Concertación* y apelar a otros sectores de la ciudadanía (si bien minoritarios) que antes se habían mantenido al margen del proceso electoral o bien habían apoyado opciones alternativas a la coalición gobernante. Esta combinación que encarna la candidata permite a la *Concertación* algo que pocos otros líderes podían ofrecer: una oferta nueva que no implicaba modificar los ejes organizativos o programáticos que habían permitido mantenerse en el poder.

En este contexto, el triunfo *concertacionista* era esperable. Sin embargo, la contundencia que adquiere en la segunda vuelta electoral fue inusitada. Si en 1999 Lagos logró una estrecha victoria sobre su oponente derechista (51,3% sobre 48,6%), en 2006 Bachelet logra aumentar esa diferencia marcando más de 7 puntos porcentuales sobre su contendor (53,4% sobre 46,5%). La diferencia entre las dos elecciones se debe al apoyo en las urnas de dos segmentos de la población que habían resultado esquivos para la *Concertación*: las mujeres, especialmente las de sectores populares que tradicionalmente habían votado en mayores proporciones por los candidatos de derecha, y el electorado de la extrema izquierda. Por su importancia numérica, es el apoyo de las mujeres el factor decisivo en el resultado final. Tanto las encuestas de opinión previas a los comicios como los resultados en las urnas y las masivas demostraciones callejeras después del triunfo, mostraron que la candidatura de Bachelet tuvo un fuerte eco entre las ciudadanas. Electoras de todas las edades y sectores socioeconómicos votaron mayoritariamente por ella, trabajaron en su campaña y celebraron su triunfo en las

“grandes alamedas”. Se revierte así la histórica “brecha de género” en el comportamiento electoral, mostrando una tendencia similar entre los sexos y señalando que para un porcentaje importante de chilenas primó su identificación de género por sobre sus preferencias ideológicas habituales: “vota mujer” se instala con fuerza en el imaginario femenino nacional.

Pero la historia no termina ahí. No podríamos concluir estas breves reflexiones sin mencionar la importancia de la *virtud* y la *fortuna* en la política. Todos admitimos el papel de los méritos personales, el carisma, o la capacidad de liderazgo de los “grandes” dirigentes que llenan las páginas de textos y las mitologías nacionales. Por esto, atribuir el triunfo electoral de Michelle Bachelet sólo a factores culturales o estrictamente político-estructurales sería desconocer esas virtudes en su persona. Ellas están sin duda presentes: Bachelet ha sido no sólo capaz de nadar contra la corriente e imponerse a las trenzas de poder partidaria, sino también de capitalizar el descontento ciudadano con la élite gobernante y reconocer la importancia de conquistar y apelar al voto femenino. Todo ello le permitió llegar al poder y, por lo que hemos visto hasta ahora, ejercerlo con su propio estilo y en aras de una agenda que se distancia, por lo menos en la forma, de sus predecesores. Habrá que esperar para evaluar los efectos de esa propuesta en la equidad de género. ■